

PODER Y LIDERAZGO FEMENINO



Producción: Centro de Derechos de Mujeres CDM
Col. Lara Norte, Calle Lara, No. 834, Apdo. Postal 4562,
Tegucigalpa, Honduras. Tels/fax: (504) 221-0459 y 221-0657
e-mail: cdm@cablecolor.hn

Elaborado por: Hogla Teruel Fernández

Segunda edición: diciembre de 2004. Tegucigalpa, Honduras

Revisión segunda edición: Nora Miselem, Thelma Saucedo, Dilcia Mazier.

Diagramación: Comunica

Tiraje: 4,000 ejemplares

Impresión: Litografía López

***Agradecimiento especial a:** Ayuntamiento de Madrid, España.

ACSUR – Las Segovias

Poder y Liderazgo Femenino

Hasta el siglo XVIII la participación de las mujeres en los espacios públicos fue muy limitada. Se dedicaban a las labores de la casa y no podían participar en las ciencias, artes u otras actividades que no fueran las domésticas. Fue después del siglo XVIII que poco a poco comenzaron a desempeñar otras actividades que no eran del modelo asignado a las mujeres en esa época. Esto empezó desde que las mujeres tuvieron acceso a la educación y demostraron que eran capaces de realizar otras labores.

Es así como las mujeres poco a poco hemos realizado cambios positivos y significativos en el espacio público, logrando el reconocimiento de algunos derechos. El siglo XX se puede considerar como el momento de la incorporación de las mujeres a otros campos y espacios que históricamente se nos habían negado.

Las decisiones sociales y políticas que dirigen los destinos de una organización o un país, se generan desde el espacio público, de ahí la importancia que tiene este espacio en la vida social. Históricamente han sido los hombres los que han participado, pues socialmente se les ha preparado para su desenvolvimiento en este espacio, situación que los ha colocado en una posición de poder y de ventaja en relación a las mujeres.

El poder de los hombres y cualquier otro tipo de poder en nuestra sociedad no es natural, no es algo con lo que se nace, surge por las relaciones que se dan entre los seres humanos en una situación o actividad específica.

En las relaciones familiares, las mujeres estamos especializadas en el cuidado de los hijos e hijas, podemos decir entonces que las madres tenemos cierto poder o influencia sobre ellos por: la cercanía, la relación afectiva y las diferencias de edad.

También podemos decir que las relaciones laborales que establecemos con otras mujeres, por ejemplo, a partir del trabajo doméstico se establecen relaciones desiguales. En el caso de los hombres están especializados en actividades del mundo público, lo cual les da un poder mucho más grande y amplio.

Otro ejemplo de poder es el de los niveles jerárquicos en las relaciones de trabajo, cada una de ellas con un poder ejercido sobre un grupo de personas y éstas a su vez sobre otras y así sucesivamente.

Esto significa que en todos los espacios de la vida se genera poder y que todos y todas ejercemos diferentes grados de poder.

Podemos decir entonces que tanto hombres como mujeres tenemos poder pero diferente, las consecuencias del poder dependen del uso que hagamos del mismo.

El poder de los hombres es una característica de construcción social, es decir que no nacen con poder, lo van aprendiendo, igualmente la subordinación de las mujeres es aprendida, no es natural.

Muchas veces se dice que las mujeres no tienen poder o no sobresalen como líderes “porque no quieren, pues las oportunidades se les presentan igual que a los hombres”, esta es una manera muy sencilla de ver el problema, y a la vez demuestra que el rol de las mujeres es invisible, pues no se toma en cuenta la situación y condición de las mujeres. Por ejemplo, una mujer puede tener muy buenas ideas y ánimo de participar, pero si no tiene con quien dejar sus hijos e hijas, o quien la sustituya en los quehaceres domésticos, entonces su participación va a ser muy difícil.

Es importante señalar que no existe un poder absoluto, o sea, nadie tiene poder sobre todas las cosas, hay diferentes manifestaciones y expresiones del poder, como el poder de los que poseen riquezas materiales o el Estado que tiene poder sobre la sociedad, ejerciéndolo desde las diferentes instituciones que lo conforman. El Estado es la máxima expresión del poder económico, político y social. Sin embargo por encima de un estado pueden haber otros poderes, por ejemplo otros países, empresas, organismos financieros internacionales y transnacionales.

Decimos que como producto del **mal uso** del poder se da la subordinación porque el poder es una relación en la cual una persona o institución ejerce influencia sobre otra u otras. Estas personas subordinadas no siempre son pasivas ante la autoridad, muchas veces reaccionan.

El poder es lucha, es enfrentamiento, es resistencia de los subordinados hacia la imposición de ese poder, aun cuando esa resistencia no se exprese verbalmente ni se manifieste conscientemente.

Algunas formas de resistencia al poder son:

- **La negociación**
- **La manipulación**
- **La seducción**
- **Las protestas organizadas o,**
- **El conflicto frontal.**

En las relaciones que las mujeres establecemos con los hombres, generalmente utilizamos recursos afectivos, por ejemplo, la manipulación y la seducción, que aun cuando es común utilizarlos, no tiene valor o reconocimiento social y lo que logramos es acentuar más nuestra subordinación. Muchas hacen uso de estos recursos, creyendo que son “propios” de las mujeres y que por eso debemos aprenderlos y utilizarlos; lamentablemente la utilización de estos recursos nos hace sentir más marginadas en esta sociedad.

La negociación en cambio es un mecanismo poco utilizado por las mujeres en la relación de pareja y en las demás relaciones en el espacio público. La negociación se da entre personas que están mas o menos en iguales condiciones, es reconocida socialmente en otras relaciones de poder menos en las de pareja; frecuentemente es utilizado por los hombres.

La negociación se ha reconocido más en el espacio público que en el privado, debido a la dependencia de las mujeres a sus parejas, lo que nos coloca en desventaja al momento de querer mejorar la situación en el hogar.

El uso de la negociación por parte de las mujeres en el espacio público cobra fuerza en la medida en que la posición de las mujeres sea asumida en forma colectiva, es decir desde los intereses del género femenino.

Ahora bien, ¿Qué relación tiene el poder con el liderazgo?

El liderazgo es la capacidad de dirigir y representar a otros ideológica y políticamente, es decir que el líder o la lidereza recogen las ideas e intereses de su grupo y elabora planteamientos con el objetivo de lograrlos. El liderazgo implica poder y está presente en todas las relaciones que entablan las personas.

La existencia del liderazgo femenino depende de las circunstancias sociales y culturales que se dan en cada sociedad. En las sociedades donde las condiciones de discriminación contra la mujer son muy profundas, la mujer sencillamente no ejerce el liderazgo, ni siquiera en el hogar.

En nuestra cultura la mujer a luchado por un lugar en el espacio público y poco a poco lo ha ido logrando; sin embargo falta mucho camino por recorrer

En los liderazgos femeninos encontramos características muy particulares, tales como el ser considerados liderazgos subordinados o inferiores, muchas veces se ven como dependientes de las decisiones de los líderes hombres.

Estas características son algunas de las limitantes que las mujeres enfrentamos al ejercer el liderazgo. Sumado a esto hay otros obstáculos que se presentan:

1. El trasladar lo afectivo a la vida pública.

Muchas veces la causa de los problemas que se producen entre mujeres en los espacios de liderazgo, tiene que ver con la dificultad que tenemos para separar las relaciones y sentimientos de nuestra vida privada, de las relaciones que se establecen en la vida pública. Aquí es necesario diferenciar las expectativas de las mujeres en un espacio de mujeres y las expectativas en un espacio compartido con hombres.

Cuando es un espacio de mujeres, trasladamos a este espacio nuestros conflictos afectivos y queremos contar con apoyo por el simple hecho de estar entre mujeres, pues siempre esperamos de las demás, mayor comprensión, cariño y solidaridad incondicional. Cuando no recibimos lo que demandamos nos sentimos defraudadas y traicionadas, y se nos hace difícil comprender que las respuestas a nuestras carencias afectivas deben ser satisfechas en los espacios adecuados como ser la familia, amistades, y otras afines.

Esta situación se agrava cuando una mujer asume el liderazgo dentro del grupo, pues nos cuesta aceptar ser lideradas por otra mujer. De esta manera comienzan a surgir competencias y rivalidades, y terminamos por preferir líderes hombres.

Cuando el liderazgo es ejercido en un espacio compartido con hombres, no esperamos de ellos amor

y comprensión, porque una persona subordinada no espera afecto ni cariño de un superior.

Por otra parte, la concepción que se tiene del papel de las mujeres en este espacio, se refuerza a través de la visión femenina que trasladamos a ese trabajo y la actitud de los hombres al tomarnos en cuenta solo para aquellas actividades o cargos que tienen o necesitan “el toque femenino”, por ejemplo las secretarías de actas.

2. El ejercer un liderazgo dependiente.

Debido a las dificultades que enfrenta el liderazgo de las mujeres, éstas tratan de conseguir apoyo y respaldo en los líderes hombres para facilitar su aprobación y reconocimiento en el mundo público.

Esa necesidad de ser aceptada y respaldada por los hombres está fundamentada en la carencia de poder que el género femenino a vivido históricamente.

Por eso, la mayoría de liderazgos femeninos no son autónomos y casi siempre dependen de la aprobación o de la última palabra de los líderes hombres. Muchas veces nos damos cuenta que detrás de una lidereza, hay un grupo de hombres en los que se concentra el poder el cual ejercen indirectamente.

Esto no quiere decir que las mujeres no tengamos capacidad para el liderazgo, lo que sucede es que no hemos sido preparadas para hacer valer nuestras opiniones, conocimientos y capacidades, es por eso que las mujeres debemos encontrar formas propias para ejercer el liderazgo y nuestros propios medios de poder.

3. La competencia no constructiva

El acceso de las mujeres al mundo público significa poner de manifiesto nuestras desventajas ante los hombres; por eso, ingresamos a ese mundo de manera muy tímida y con muchos temores.

Las mujeres no estamos formadas para la competencia, para el enfrentamiento y para defender nuestras posiciones y opiniones. Esto se convierte en una desventaja que llevamos al mundo público.

Para los hombres no constituye problema enfrentarse a un oponente, luchar por conseguir sus objetivos. Logran manejar mas fácilmente la defensa de sus posiciones aun ante sus amigos. La diferencia está en que fueron formados para hacer uso de la agresividad. Muchas veces vemos a los hombres enfrentarse a muerte, según nosotras, y luego los vemos dándose la mano como si nada ha pasado.

Para las mujeres la hostilidad tiene un sentido negativo, porque no forma parte de nuestra identidad de género, por este motivo las mujeres prefieren ser seguidoras a lideresas.

A pesar de lo anterior, el liderazgo trae muchas ganancias para las mujeres, por ejemplo: las lideresas adquieren reconocimiento y ganan espacios para las mujeres, aprenden nuevos conocimientos y experiencias.

4. Los procesos de transformación en la identidad de género.

Los liderazgos femeninos implican procesos de cambio en algunos aspectos de la identidad de las mujeres, ya que dejan de “ser para otros” y crecen individualmente lo que les permite una autoafirmación de su identidad. Ese crecimiento es lento y difícil, pues al ser personas formadas dentro de una sociedad en donde somos oprimidas y marginadas, nos cuesta mucho sentirnos seguras de nosotras mismas y tenemos miedos y timideces, sentimientos que aumentan si creemos que el liderazgo es una cualidad únicamente masculina.

Generalmente cuando la mujer logra superar esos obstáculos y ocupa una posición de liderazgo, deja de identificarse poco a poco con el resto de mujeres, ésto sucede por razones como: la falta de una buena comunicación, los conflictos entre la lidereza y sus compañeras que son vistos como problemas personales y no de la organización; con esto lo que se logra es la división, dificultando el logro de los fines de la organización.

Cuando el liderazgo femenino se vuelve autoritario y alejado de los intereses del grupo que representa, está imitando la forma de ejercicio de poder masculino, en la creencia de que al llegar al poder pierde la condición de subordinación y se acerca a la aceptación y reconocimiento dentro del mundo masculino.

Sin embargo estos problemas pueden disminuir en la medida en que entendamos que las mujeres somos iguales entre nosotras en cuanto a la situación que vivimos y las limitantes que tenemos.

La lidereza debe tener siempre presente que ella sólo es representante del grupo, por lo tanto debe consultar y mantenerse en comunicación constante con sus compañeras.

Su función debe orientarse a motivar al grupo para realizar las actividades con entusiasmo, responsabilidad y disciplina.

Al ejercer liderazgo algunas mujeres enfrentan también conflictos consigo misma que dificultan sus funciones; por ejemplo alternar las exigencias de la vida familiar con las organizativas. No hay que olvidar que las mujeres llevamos el peso más grande en las responsabilidades del hogar, lo cual se vuelve más difícil cuando existe oposición de la pareja para que la

mujer pueda participar. Aquí se presenta un gran reto que es el de sensibilizar a la pareja y a los hijos e hijas y hacerles entender que las responsabilidades del hogar se pueden distribuir equitativamente.

Además está el reto de demostrar las capacidades constantemente tanto a hombres como a las mismas mujeres, situación que requiere de bastante fortaleza moral para continuar, a pesar de las frustraciones y equivocaciones.

Existe una condición básica para que las mujeres podamos participar en el ejercicio del poder y es LA UNIDAD para defender ese y otros derechos, pues tanto mujeres como hombres somos capaces.

El gran reto de las mujeres es crear nuevas formas de ejercer el poder que represente los intereses de las mujeres desde sus diferencias, confiando en nosotras mismas y en las otras.

En la medida en que el liderazgo femenino aumente y se fortalezca, será posible la eliminación de la discriminación y subordinación de las mujeres.

Bibliografía consultada

1. Coria, Clara. *El dinero en la pareja. Algunas desnudeces sobre el poder*. Grupo Editor Latinoamericano, Colección Controversia. 1989, Buenos Aires, Argentina.
2. Lagarde, Marcela. Poder y liderazgo entre mujeres. Memoria del curso impartido en Managua, Nicaragua, 1992.